

Discurso del embajador Sandile Nogxina en ocasión del homenaje a Nelson Mandela en la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) Azcapotzalco México, Distrito Federal

Los héroes no nacen, sino que se producen por las circunstancias de su propio tiempo. La gente nace en el seno de familias, comunidades, países y del mundo mismo. Sin embargo, estos contextos, que constituyen el ambiente de nuestro nacimiento moldean e instruyen sobre el carácter y el ser total del individuo. Mandela no fue la excepción a esta verdad evidente, ya que las circunstancias de su tiempo crearon a un héroe a partir de un joven rural ordinario de la tribu Xhosa. La diferencia yace en que cuando las circunstancias de su tiempo le hicieron el llamado, él respondió dando un paso adelante, tomando el liderazgo y finalmente siendo transformado no sólo en un héroe sudafricano, sino en un icono internacional.

En agosto de 1935, Karl Marx escribió un ensayo épico al salir de la universidad titulado “Reflexiones de un joven sobre la elección de una profesión”, del cual cito las siguientes palabras que invitan al análisis:



Discurso del embajador Sandile Nogxina en ocasión del homenaje a Nelson Mandela en la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) Azcapotzalco México, Distrito Federal.

informaciónydivulgaciónuam.wordpress.com

La historia llama a esos hombres los más grandes, los que se han ennoblecido trabajando por el bien común; la experiencia aclama como el más feliz

a quien ha hecho el más grande número de la personas felices; la religión misma nos enseña que el ideal de vida por quienes todos se esfuerzan por copiar se sacrificó por causa de la humanidad, ¿y quién se atrevería a poner al nada los tales juicios?

Si en la vida hemos escogido la posición desde la cual podemos trabajar más por la humanidad, ninguna carga nos puede doblegar, porque son sacrificios en beneficio de todos; entonces experimentaremos una no pequeña, limitada, egoísta alegría, pero nuestra felicidad pertenecerá a millones, nuestros hechos se vivirán calladamente, pero por siempre por el trabajo, y sobre nuestras cenizas se verterán las ardientes lágrimas de la gente noble.



desinformemonos.org

Él quiso usar la profesión de abogado como un arma para luchar por la liberación de su pueblo, ya que él era un firme creyente en la educación como un arma que su puede usar para cambiar al mundo.

Puedo aseverar, sin temor a contradecirme, que nadie en la historia moderna personifica esta verdad mejor que Nelson Rolihlahla Mandela, el padre de Sudáfrica, la Nación Arcoíris. Sus sacrificios personales sirvieron de cimiento a nuestra democracia constitucional; su liderazgo visionario llevó a puerto seguro a nuestro amado país al evitar que se deslizara en el abismo resbaloso e interminable de una guerra civil y la autodestrucción, trayendo así la felicidad a los 50 millones de sudafricanos. De cierto, sus actos quedarán por siempre

delineados en las arenas del tiempo, “calladamente, pero por siempre por el trabajo”. ¿No fue acaso sobre su cuerpo inerte que vimos a millones de personas verter sus lágrimas tibias en diciembre de 2013, al momento en que su cuerpo regresaría a las entrañas de la tierra del país por el cuál se sacrificó?

La elección de la profesión de Mandela no estuvo guiada principalmente por su propia perfección, sino que estuvo dictada por el bienestar de los negros sudafricanos oprimidos. Él quiso usar la profesión de abogado como un arma para luchar por la liberación de su pueblo, ya que él era un firme creyente en la educación como un arma que su puede usar para cambiar al mundo. Como estudiante de tiempo parcial, él también trabajaba para sostenerse; y una vez que hubo obtenido su cédula profesional de abogado, él abrió el primer despacho jurídico negro en sociedad con su amigo de toda la vida y camarada, Oliver Tambo.

Ésa fue una de las firmas de mayor éxito y más concurridas en Sudáfrica. Mandela pudo muy fácilmente concentrarse en su profesión y ganar mucho dinero para sí. Pero no es así como debían suceder las cosas, pues el bienestar de las masas de oprimidos habría de ocupar el lugar que estaba destinado para sentirse orgullo en su corazón.

En su autobiografía, Nelson Mandela describe su politización en los siguientes términos

Entonces, poco a poco, vi que yo no era el único que no era libre, sino que mis hermanos y hermanas tampoco eran libres. Vi que no sólo era mi libertad la que estaba coartada, sino la libertad de cada uno de los que se veían como yo. Fue entonces cuando me uní al Congreso Nacional Africano (ANC), y fue entonces cuando el hambre por mi propia libertad se convirtió un hambre más grande por la libertad de mi pueblo. Fue este deseo de la libertad de mi gente, de que vivieran sus vidas con dignidad y respeto propio lo que animó mi vida, lo que transformó a un jovencuelo asustado en un hombre osado, lo que movió a un abogado respetuoso de la ley a convertirse en criminal, lo que transformó a un esposo amante de su familia en un hombre sin hogar, lo que forzó a un hombre amante de la vida a vivir como monje. No soy más virtuoso ni abnegado que el siguiente hombre, pero descubrí que no podía disfrutar siquiera de la pobre y limitada libertad que se me daba, cuando sabía que mi propia gente no era libre. La libertad es indivisible; las cadenas sobre el cuerpo de cualquiera de los míos eran las cadenas sobre el cuerpo de todos ellos, y las cadenas sobre el cuerpo de todos ellos eran las cadenas sobre mi ser.

Mandela recibió la influencia de muchas corrientes de pensamiento. A temprana edad, al crecer en la zona rural de Transkei y al ser educado en la casa de un jefe, él aprendió a los pies de los consejeros tribales la historia tradicional del pueblo Xhosa, sus costumbres y su filosofía. Uno de los mayores principios de esa filosofía tradicional es que “yo existo porque tú también existes”. Ésta filosofía tuvo gran influencia en su concepto de la indivisibilidad de la libertad que él articuló en la cita anterior. Con el paso de la historia y el conocimiento de una generación a la otra, Mandela aprendió el arte de escuchar, y como niño educado en la villa tradicional de un jefe de tribu, donde continuamente se resolvían disputas, él aprendió las habilidades para la reconciliación. La justicia tradicional es más reconciliatoria que punitiva.

Tales fueron las habilidades que le asistieron en su papel de guiar a una transición pacífica del Apartheid a la democracia; de la filosofía tradicional fundada en el principio de Ubuntu, Mandela aprendió el perdón, que sería el sello distintivo de su administración como presidente; él aprendió la noción de la inclusión, que informó su enfoque sobre cómo gobernar a la Sudáfrica post Apartheid. Fueron estas dos virtudes las que influyeron en el concepto de un gobierno de unidad nacional que Mandela formó tras la rotunda victoria de su partido en las primeras elecciones democráticas.

En desafío a lo que dictaba la democracia mayoritaria, que sostiene que el ganador se queda con todo, Mandela invitó a todos los partidos perdedores a formar un gobierno con él, incluyendo al Partido Nacionalista, bajo cuyo él y su gente sufrieron por tantos años. Mandela se rehusó a ser cautivo en los encierros dogmáticos, ideológicos y teóricos, y optó por tomar soluciones prácticas y pragmáticas.

La ética y la teología cristiana protestante también tuvieron una influencia igualmente fuerte en él durante su infancia. De hecho, fue en una escuela misionera metodista donde una de sus maestras le dio el nombre de Nelson.

Como joven, el nacionalismo africano influyó en su pensamiento por un tiempo. Al desarrollarse como activista y pensador político, el nacionalismo africano le abrió paso a las ideas revolucionarias de Marx, Engels y Lenin, y a las ideas de otros grandes libertadores de pueblos oprimidos tales como Ho Chi Minh.

Luego de 27 años de encarcelamiento, salió para acercarse a aquellos que lo habían puesto en la prisión y les ofreció la mano del perdón y la reconciliación. Mientras él actuaba así, la mayoría de la gente sentía que la lucha debía continuar hasta alcanzar la victoria. Siendo el visionario que fue, Mandela sabía que ese enfoque prolongaría el sufrimiento de su gente y reduciría a su amado país a los escombros. Fue en ese contexto que él inició el proceso de la transferencia pacífica del poder a la mayoría. Como demócrata, Mandela creía que la gente debe gobernar.

Sin embargo, también estaba al tanto de que la voluntad del pueblo debe guiarse por un liderazgo estratégico y visionario. Sin ello, el concepto de la soberanía del pueblo sería un mero eslogan que no puede traducirse a la realidad. Sin esta sabiduría, Mandela no habría podido iniciar el proceso de negociaciones hasta que la voluntad del pueblo así lo dictara.

Esteban Echeverría, un poeta y activista político describió la democracia como el régimen de la razón que está en contra del despotismo absoluto de las masas. De acuerdo con él, “la soberanía de la gente es absoluta cuando tiene a la razón como su norma”.

Sólo la razón colectiva es soberana; no así la voluntad colectiva. “La voluntad es ciega, caprichosa e irracional: la voluntad solo quiere; la razón, por su parte, examina, equilibra y decide”. Al enfrentar la voluntad colectiva que buscaba continuar con el conflicto racial y el derramamiento de sangre, Mandela refinó la voz de la gente a través de un liderazgo visionario y estratégico hasta convertirlo en la razón colectiva, que constituye los pilares de la dispensación de nuestra democracia constitucional.

Por medio de ella, él examinó el panorama político, balanceó un sinnúmero de factores que formaban ese panorama, y decidió por el camino a la democracia por medios pacíficos. En sus propias palabras, esto es lo que él dijo: “Fue durante esos largos y solitarios años que el hambre por la libertad de mi propia gente se transformó en el hambre por la libertad de toda la gente, blancos y negros. Tenía plena seguridad de que el opresor debe ser liberado con la misma certeza que el oprimido”.

Un hombre que toma la libertad de otro es un prisionero del odio; está encerrado tras las rejas del prejuicio y la intolerancia. Yo no soy verdaderamente libre si tomo para mí la libertad de alguien más, así como tampoco soy libre cuando alguien me priva de mi libertad. Al oprimido y al opresor por igual se les roba así de su humanidad.

Cuando Mandela le dio la espalda a la prisión en su camino a la libertad, tenía claro en su mente que su misión era liberar tanto al oprimido como al opresor. Es cierto, la soberanía de la gente es absoluta cuando tiene la razón como su norma.

Para Nelson Mandela, el “largo camino hacia la libertad” finalizó en diciembre de 2013. Él no conoció el descanso físico sino hasta que vio que la sociedad por la que había vivido —la sociedad por la que él estaba preparado para morir— se había convertido en realidad: una Sudáfrica unida, democrática, no racial, no sexista y próspera.

Sudáfrica marca un día especial en su calendario: el Día Nacional de la Reconciliación. En este día, los sudafricanos renuevan su compromiso con la paz, el perdón, la tolerancia y la reconciliación; estos valores fueron el sello distintivo de la Presidencia de Mandela. Él no fue el inventor de dichos valores, pero le pertenecen porque los convirtió en una realidad en su vida y los usó para unir a nuestra nación.

Bajo su liderazgo, el día Nacional de la Reconciliación se convirtió en un símbolo de nuestra victoria colectiva sobre nuestro pasado dividido como nación. Sudáfrica tomó una decisión consciente de trabajar para lograr la unidad y la reconciliación nacional.

Este ideal, que se convirtió en una realidad para todos los sudafricanos, creo yo, debe ser el ideal presente para toda la gente y un legado que Mandela ha dejado para la humanidad.

Mandela enseñó que la “reconciliación” sólo ocurrirá cuando la gente logre corregir las injusticias del pasado, y que las sociedades serán mejores sólo cuando “todas las personas vivan juntas en armonía y con igualdad de oportunidades”.

Nelson Mandela marcó un elevado estándar para la gente del Siglo XXI que no están dispuestos a abandonar la lucha por lograr una sociedad libre.

Para finalizar, me gustaría compartir con ustedes lo que considero que es una adecuada caracterización del hombre del cual hemos hablado hoy, en palabras del Ex Presidente de Sudáfrica, Thabo Mbeki en su inspirador tributo a Nelson Mandela “¡Despedida a Madiba!”, pronunciado ante la Asamblea nacional en Ciudad del Cabo, el 26 de marzo de 1999:

Bajo su liderazgo, el día Nacional de la Reconciliación se convirtió en un símbolo de nuestra victoria colectiva sobre nuestro pasado dividido como nación.

Señor Presidente:

Usted ha transitado el caminado de los héroes y las heroínas.

Ha llevado consigo el dolor de quienes conocieron el temor y aprendieron a vencerlo.

Ha marchado a la cabeza de las filas cuando la comodidad estaba en el medio de ellas.

Ha sonreído para luchar contra un río de lágrimas.

Ha llorado para transmitir una historia de júbilo.

Y ahora deja vacío este lugar para continuar su marcha al frente de un nuevo escuadrón del mismo ejército del sol.

El accidente de su nacimiento debió haberlo condenado a quedarse en una villa.

Las circunstancias que usted no escogió debieron haberlo encerrado en un distrito.

Sus vista, su corazón y su mente no hubieran llegado más allá del horizonte que el ojo humano alcanza a ver.

Pero ha estado donde no debía estar.

Se ha topado con la muerte y le ha dicho —¡hazme lo peor que puedas!

Ha morado en los calabozos más y más oscuros, donde la libertad está negada, negándose a vivir en una sociedad negada de la libertad.

Ha tenido que portar un manto de santidad cuando todo lo que usted buscaba era el orgullo de saber que era un buen soldado a pie, que luchaba por la justicia y la libertad.

Pero a pesar de todo y por todo ello, hemos sido bendecidos.